

SUMARIO.—*Sección doctrinal*: Las inyecciones hipodérmicas (réplica al Dr. Gordillo), por el Dr. D. Antonio Muñoz (página 353).—Aplicaciones del termocauterio, por el Dr. Dupuy de Fernelle, traducción del Dr. Enrique Madrazo y Villar (357).—*Sociedades científicas*: La génesis de los elementos, por William Crookes F. R. S. V. P. C. (360).—*Revista científica nacional*: La corteza de nogal como veyicante. (365).—Fístula uretro-perineal (365).—Un caso de diatesis linfágena (366).—*Revista científica extranjera*: PERIÓDICOS: Medio para hacer desaparecer el dolor en los casos de quemadura (367).—Tratamiento de las afecciones palúdicas por el picrato amónico (367).—ACADEMIAS Y SOCIEDADES: Extirpación del útero por ligadura (367).—*Misceláneas* (368).

SECCION DOCTRINAL

LAS INYECCIONES HIPODÉRMICAS (1)

(RÉPLICA AL DOCTOR GORDILLO)

POR EL

Dr. D. Antonio Muñoz

Jefe facultativo del Hospital de Santo Domingo de la Calzada

Hace tiempo tengo contraída una deuda con los lectores del CORREO MÉDICO CASTELLANO y con mi querido amigo el Dr. Gordillo.

Es la de replicar al artículo que en el número 88 de este ilustrado periódico se insertó acerca del tema que sirve de epígrafe á estas líneas, en el cual dicho señor contestaba á los que otro querido amigo mio, el Dr. Hernandez Briz, y yo publicamos anteriormente en *El Dictámen* y en el CORREO.

Como predecía en mi primer artículo, habíamos de llegar á un buen acuerdo mi distinguido amigo y yo respecto de este asunto, pues conocedor de sus relevantes cualidades, recto y desapasionado criterio, no podia concebir que quisiera relegar al olvido tan en absoluto, como parecia desprenderse de sus primeros artículos, un método terapéutico tan racional y tan ventajoso en muchas circunstancias. Y como el Sr. Gordillo me conoce, y sabe que yo tampoco soy dado á los apasionamientos y que procuro no dejarme arrastrar por la corriente, sin que antes razone, aunque no siempre logre mi objeto, dadas mis modestas aptitudes, tambien comprendió desde luego que yo no me aferraría de tal manera al método, que le sobrepusiera por encima de todo.

Hace constar el Dr. Gordillo una confesion del Sr. Hernandez Briz respecto á las inyecciones de preparados mercuriales contra la

sífilis, y otra más respecto al abuso de toda clase de inyecciones, si no en España, al menos en el extranjero. Y como á mí no me duelen prendas, y esto mismo lo he dicho y repetido varias veces en la obra que escribí sobre este tema, lo volveré á repetir una vez más para satisfacción del Sr. Gordillo. Soy partidario como el que más del método hipodérmico; pero soy también como el que más enemigo de que se abuse de él ó se emplee á tontas y á locas, y no cuando las circunstancias lo impongan, no por su absoluta necesidad siempre, sino que también por sus ventajas en muchas ocasiones. Prodigarlo demasiado sería conducirle al descrédito; y esto, en verdad, no lo merece.

Respecto de las inyecciones mercuriales, á pesar de que eminentes autoridades las recomiendan, creo que no ha sonado todavía la hora de sus ventajas sobre el de las otras vías, por la razón de que, á pesar de las numerosas y laudables tentativas hechas á este propósito, aún no se ha encontrado un compuesto mercurial ó una forma medicamentosa del sublimado, capaces de ser introducidos en el tejido celular sin producir accidentes locales; es decir, que se llegue á tener la completa seguridad de que no los habría. En este caso, creo que las ventajas estarían siempre de parte del método hipodérmico, aunque no creo tampoco que por eso deban proscribirse las demás vías en todos los casos, siempre que estén desembarazadas y aptas para la absorción medicamentosa.

Hechas estas aclaraciones como preliminares, voy á contestar en la misma forma que el Dr. Gordillo; y para no repetir más conceptos me referiré á la numeración por él seguida.

Al primer punto debo replicar que yo no he dicho que en las inyecciones por mí practicadas no he sufrido ningún contratiempo (sólo hablaba de accidentes locales, refiriéndome á los de morfina), y precisamente en esta misma contestación me cita uno el Sr. Gordillo, confesado por mí: el de la inoculación de la viruela, amén de otros, que refiero en mi citada obra, de accidentes de intoxicación, etc. Conforme en que un descalabro proporciona más disgustos que satisfacciones los casos favorables; pero eso no sucede sólo en la práctica de las inyecciones: tendríamos que dejar de ser médicos si atendiéramos á esto, porque ¿cuántos sinsabores no proporciona un caso adverso, aun aquellos previstos de antemano? Sigue el articulista diciendo que no me arredro fácilmente y sigo impertérrito mi camino á pesar de haber inoculado la viruela con la jeringuilla, y me pregunta: «Si ese enfermo se hubiera muerto y el Dr. Muñoz estuviera convencido de haberle causado la muerte ¿hablaría tan tranquilo y entusiasmado?» Aunque lo dificulta el Sr. Gordillo le contestaré: *tranquilo* nó, porque no me perdonaría jamás y tendría siempre sobre mi conciencia el haber sido causa de esa muerte por haber inoculado la viruela inconscientemente, pues no lo precaví, cuando si lo hubiera hecho, lo habría evitado haciendo uso de otra aguja, ó si no tenía otra á mano, y la indicación era imperiosa, sometiendo á la misma á una alta temperatura (la luz de una vela, etc.); pero *entusiasmado*, sí; porque ¿qué culpa tiene el método de mis inadvertencias? Y que la indicación era imperiosa no lo dude el Dr. Gordillo. La enferma sufría una neuralgia del trigémino, cuyas crisis ya se

sabe lo dolorosas que son. Había empleado todo lo empleable interior y exteriormente, incluso la morfina: la enferma se revolvía en su dolor y me pedía en todos los tonos y formas que la calmara: estaba embarazada y había abortado varias veces; la botica más próxima, á media legua del pueblo donde yo ejercía la profesion (Olias del Rey), (¡qué cómodo es tener una botica bien surtida en cada esquina!). ¿Qué hacer entonces? Lo que cualquiera hubiese hecho en mi caso. Apelar á las inyecciones que me dieron pronto y eficaz resultado. Por cierto que esta desgraciada, todavía jóven (36 años), falleció en la última epidemia colérica por desoir mis advertencias, cometiendo transgresiones higiénicas despues de haber salido del lecho, convaleciente dos veces de dicha afeccion, habiendo recaído antes por la misma causa.

Y respecto al segundo párrafo de este punto, ya he dicho que el método hipodérmico debe usarse cuando las circunstancias lo impongan por sus ventajas, en toda la acepcion de la frase, y no ser exclusivista ó sistemático.

Segundo: Tampoco he argüido yo con casos extremos ó alarman-tes solamente, sino tambien con casos que son bien comunes, en los cuales dan mejores resultados los medicamentos introducidos por el tejido celular que por otras vías.

En unos casos el método puede imponerse por lo apremiante de sus indicaciones; en otros por el entorpecimiento ó inutilidad de otras vías; en otros por su más rápida y perfecta absorcion; en otros por su más exacta dosificacion, etc., etc. Luego no son sólo los casos graves los que requieren el uso de este método. Una disnea ó una ciática ú otra neuralgia no son graves siempre; y sin embargo los medicamentos al interior, la misma morfina, no producen tan buenos efectos como administrados hipodérmicamente. La pilocarpina, por ejemplo, no produce un efecto diaforético tan seguro, ni menos tan rápido, cuando se la dá al interior, como cuando se la inyecta en el tejido celular, teniendo además la ventaja de no producir vómitos por esta vía como por aquella. Y así iría multiplicando los ejemplos. Tampoco creo que el uso de las inyecciones imposibilite el empleo simultáneo de otros medios conducentes al mismo fin; antes al contrario, y ya lo decia en el capítulo del *cólera* de mi citada obra. Y voy á contestar á la pregunta que el Sr. Gordillo nos hace, al llegar á este punto, al Dr. Hernandez Briz y á mí. Dice así: «¿En las 800 y 16.000 inyecciones que respectivamente han puesto ellos, se trataba de casos tan apurados como los que me ponen á mí delante?» Ya dije en mi primer artículo que creía ser el único que hubiera abusado en España del método; pero que si lo había hecho, fué con el solo objeto de la experimentacion en unos casos y la comprobacion en otros, para llevar sus resultados á mi citado libro y no hacer de él una confeccion de tijera únicamente. Por lo tanto, muchos de los casos en que yo he empleado las inyecciones, pudieron muy bien pasarse sin ellas; pero ya que perjuicio no hube de causarles, quizá haya reportado alguna ventaja á los demás si es que algo vale lo que escribí.

Tercero: Creo que no me expresé bastante bien en este punto,

pues nunca fué mi ánimo negar ó dejar de creer lo que otros afirman haber visto. Lo que sí digo y repetiré es que el sulfato de quinina no debe usarse hipodérmicamente, pues como sustancia muy ácida produce siempre accidentes locales, algunas veces muy graves; por esto, hoy no lo emplea nadie, y sí el bromhidrato ó clorhidrato, que, con tantas ó más ventajas, no provocan esos accidentes tan temibles. Y volveré á insistir en que para evitarlos es necesario tener en cuenta multitud de condiciones, que si se guardan como es debido, no serán nunca de temer tales accidentes, á no ser que en ellos se busque la indicacion, en cuyo caso tambien se pueden provocar á voluntad y sin traspasar los límites que uno se proponga. Verdad que el Sr. Gordillo sólo habló de tales accidentes cuando únicamente se busca la accion general, no el efecto local.

En cuanto al quinto y último punto, hace muy bien el Sr. Gordillo en poner en práctica todos cuantos medios le sugiere su excelente imaginacion para evitar fracasos; pero estas mismas precauciones le han de servir para que no vuelva á tener otro con las inyecciones.

Pero fracasos no dejará de haber en esto como en todo; porque ¿quién no está sujeto á una inadvertencia, á un error ó á una ignorancia, por más que quiera estar siempre prevenido y con más ojos que Argos? De aquí nacia mi refran de que «si por miedo á los gorriones...», y no de otro razonamiento.

Tambien estoy conforme en combatir con mi querido amigo el vicio modernísimo de la *morfomania*, que amenaza tomar grandes proporciones; porque, como todos los grandes vicios sociales, se ha hecho de moda y no hay señora aristócrata ú hombre del gran mundo que no tengan su indispensable jeringuilla ó estuche de Pravaz, sin duda para conseguir á su favor los efectos que el conde de Monte-Cristo decia obtener de las pastillas de haschich.

No he de concluir sin protestar una vez más de que no soy exclusivista; pero que tampoco estoy en absoluto de acuerdo con el parecer del fraile cisterciense respecto á la medicina *infusoria*, que es de donde parece arrancar el origen del moderno método hipodérmico, y que el Dr. Gordillo me cita en apoyo de sus opiniones, haciendo gala de su vastísima erudicion, sobre todo en lo que se refiere á la Medicina española, á la que demuestra una especial predileccion, y en cuyo camino deseo y le ruego que siga para gloria suya y de la Medicina pátria, hoy tan postergada, ayer tan floreciente.

APLICACIONES DEL TERMO-CAUTERIO

AL TRATAMIENTO DE LA TÍISIS, DE LA BRONQUITIS CRÓNICA, DEL ASMA, DEL ENFISEMA,
DEL CATARRO MUCOSO Y DE LA PLEURESIA

por el Doctor Dupuy de Fernelle

TRADUCCION DEL DR. ENRIQUE MADRAZO Y VILLAR

El termo-cauterio, inventado por nuestro compañero el Dr. Paquelin, está actualmente en uso en manos de casi todos los médicos. Este instrumento, tan modesto y con tan pocas pretensiones en su principio, es en el día uno de los más maravillosos agentes de que se halla dotado el arte médico.

Por mi cuenta me ha proporcionado, como se verá más adelante, servicios muy señalados y sobre todo muy inesperados.

Al publicar este trabajo, mi objeto es menos relatar hechos circunstanciados y numerosos, que explicar despues de algunos casos típicos, un método, un modo de aplicacion del termo-cauterio, al cual se concede la más séria importancia y del cual creo poder reivindicar la iniciativa así como de sus preceptos fundamentales.

Los casos de bronquitis crónicas fímicas que he podido tratar por este método, son en número de unos cuarenta, habiendo encontrado entre estos enfermos la pneumonía bajo todas sus formas y en todos sus grados.

¿Aquellos que se consideran como curados, lo están definitivamente? No lo sé del todo, pero más de la mitad se hallan restablecidos con todas las apariencias de una buena salud, y cierto número de ellos que me es permitido ver algunas veces, continúan bien despues de su tratamiento en un período de seis ó siete años.

En el principio del empleo de este tratamiento nuevo, no me aventuré á aplicarlo más que en los enfermos que se encontraban en el primero ó segundo grado. No intenté ni esperé la curacion cuando existian graves desórdenes, como un foco purulento extenso, grandes cavernas, evacuacion considerable, diarrea colicuativa, etc.

Hé aquí por qué circunstancia fortuita, extraordinaria, he sido inducido á emplearlo con algunos resultados del todo inesperados en los casos más graves y más comprometidos.

Observacion. Uno de mis antiguos clientes vino un día á llamarme para ver á su hermana que se hallaba en el último extremo y me dijo: «No os pido más que una cosa, doctor: que haga usted lo posible por reanimarla un poco, á fin de poderla conducir en el ferrocarril para morir en casa de nuestro padre, que se halla á treinta leguas de París.»

En efecto, estas creencias no tenian nada de exageradas. Esta jóven estaba muy mal. Despues de algunos dias de tratamiento clásico, sin cambio notable, sobrevino una hemoptisis inquietante. A todo evento propuse el empleo de puntos de fuego, pero quería con-

tar con el asentimiento de uno de nuestros maestros eminentes, para evitar todo reproche que pudieran hacerme de inducir á aquella familia á gastos inútiles. El profesor declaró que le parecía que el mal no tenía remedio y la muerte inminente. El termo-cauterio podría, segun él, determinar una reaccion pasajera, por lo cual era racional hacer una tentativa.

La enferma era una mujer viuda de treinta y seis años de edad, de constitucion y de talla medianas, y de temperamento sanguíneo. Su estado era de gran enflaquecimiento, la fiebre con recargos vespertinos no se le quitaba nunca, tenía diarrea colicuativa, sudores profusos y abundantes, una tos casi incesante y espectoraba una gran cantidad de pus cada dia. Su estómago no tenía tolerancia para nada, de tal modo, que vomitaba lo mismo los sólidos que los líquidos que ingeria.

Todo el pulmon derecho estaba enfermo de un extremo á otro. Era fácil hacer constar varias cavernas, ruido de fuelle intenso, pectorilóquia, etc. Sin perder un instante comencé el tratamiento el 12 de Febrero de 1882, por una sesion todos los dias y practicando en ellas muchos cientos de manchas punteadas con la punta fina del termo cauterio calentada al rojo blanco. Fuera de los sedativos opiáceos, de la quinina y de la digitalina, no prescribí más que el uso de un vino tónico de quina con lacto-fosfato de cal, peptonas y gotas amargas de Baumé. Además en la medida posible el caldo, la carne cruda, etc.

Despues de la octava sesion el estómago comenzó á soportar algunos alimentos escogidos. Uno de los efectos buenos del termo-cauterio es el animar y dar vida á las funciones estomacales. La diarrea había cesado, los sudores profusos casi no existian y la espectoracion, aunque abundante, había disminuido notablemente.

Animados la familia y yo por esta mejoría, se continuó el tratamiento con alguna esperanza.

A las cinco semanas de este tratamiento, la enferma continuaba mejorando y la familia se encariñó y perseveró en él. Tres semanas más tarde salía y paseaba á pié. En fin, despues de un tratamiento de poco más de tres meses, esta enferma, absolutamente desesperada al principio, había adquirido el aspecto de una persona sana, tosiendo poco, comiendo, digiriendo y durmiendo bien.

Volvió entonces á su provincia á casa de sus padres, y durante cerca de dos años he tenido noticias satisfactorias de su salud.

Despues de esta gran sorpresa, como se comprenderá fácilmente, no he rehusado en ningun caso de tisis el emplear el termo-cauterio, y más de una vez he obtenido buen resultado cuando apenas podía esperarse, pues tantos eran los estragos de la terrible enfermedad que había producido grandes desórdenes, sea en los pulmones, sea en el estado general de aquellos desgraciados.

He aquí otro caso de pneumonía, tambien notable y muy grave, en que el termo-cauterio me ha dado un resultado verdaderamente maravilloso.

Durante el invierno de 1881 á 1882, un farmacéutico de mi vecindad me recomendó un negociante de Elbeuf, al que apliqué mi

tratamiento desde Noviembre de 1881 á fines de Enero de 1882, practicando dos sesiones de igneo-puntura por semana, á pesar de que sus negocios le obligaban á hacer cada vez un viaje de Elbeuf á París, sufriendo los rigores de la estacion.

Este enfermo de 49 años de edad, era de estatura regular y temperamento seco, nervioso, sanguíneo. Tosía hacía mucho tiempo, pero esta tos no le empezó á inquietar hasta hacía un año; no había tenido ni sudores profusos, ni diarrea colicuativa; pero la espectoracion moco-purulenta era muy abundante, sobre todo por la mañana al levantarse. Había comenzado á vomitar sus alimentos hacía algunos meses bajo la influencia de la tos, provocada por el hecho de su ingestion sobre el pneumo-gástrico. Actualmente su estómago no toleraba casi nada, de cualquier naturaleza y bajo cualquier forma que fuese. Así es, que se encontraba en grado de gran enflaquecimiento.

Tenía la voz debilitada, algo velada, pero la laringe no parecía invadida de tubérculos, complicacion frecuente que provoca sobre todo los vómitos alimenticios.

A la percusion, se notaba una matidez uni-lateral por delante y por detrás en toda la extension del pulmon derecho; y la auscultacion revelaba en los mismos límites ruido de soplo espiratorio, resonancia exagerada de la voz, estertores mucosos sub-crepitantes más gruesos y más abundantes en las pequeñas cavernas, que eran numerosas y apreciables; pero no hallé grandes cavernas.

El lado izquierdo no estaba completamente sano. Presentaba en el vértice por delante un poco de sub-matidez y ruido de soplo en la espiracion, así como algunos estertores húmedos aislados.

El tratamiento por los puntos de fuego, fué comenzado enseguida y como he dicho, el enfermo tuvo la constancia de venir dos veces por semana á París, durante tres meses, á pesar de la estacion de invierno.

No creo necesario decir, que simultáneamente con la igneo-puntura no descuidé ninguno de los medios preconizados por la higiene y la terapéutica en tales circunstancias. Nuestra medicacion interna consiste la mayor parte del tiempo en el empleo de un vino y de un jarabe depurativo iodado y la cuasina, que constituyen una medicacion completa, á la cual se deben añadir, segun las indicaciones, los sedantes, los antiespasmódicos ó los laxantes, sin perjuicio de usar la mejor y más abundante alimentacion posible.

Despues de cinco semanas de tratamiento, nuestro enfermo no vomitó más; tenía algo de apetito y su estado general mejoraba visiblemente. La tos y la espectoracion estaban tambien notablemente disminuidas. En una palabra, el mal estaba contenido y no dudábamos de la curacion. En efecto, todos los fenómenos mórbidos continuaban disminuyendo progresivamente y el estado general mejoraba bajo la bienhechora influencia de este tratamiento que no había durado más que tres meses cuando el enfermo me dejó. Estaba gordo, comía con buen apetito, tosía poco y podía sin fatiga ni sufrimiento sostener una larga marcha. En una palabra, presentaba bajo todos aspectos las condiciones de una buena salud.

Nuestro tratamiento no es una panacea contra la enfermedad en

cuestion: esto sería demasiado bueno, pero los resultados relativamente numerosos que nos ha dado son sin precedentes para todos los otros medios.

Seguramente no he tenido siempre buen resultado, pero puedo afirmar que en los enfermos que se hallen en el primero ó segundo grado, la curacion es la regla y el mal éxito la excepcion.

Los hechos tan interesantes y tan numerosos de curacion de la tisis por la igneo-puntura múltiple, que han sido publicados por el Dr. Vidal, médico del hospital de Hyères, vienen á prestar un apoyo importante á los que nos pertenecen.

Es sin duda más interesante el exponer los casos de curacion obtenidos en condiciones mucho menos comprometidas que las de los citados anteriormente; pero he preferido los más graves para demostrar el poder del tratamiento en los tísicos, pues como en todas las otras enfermedades, cualquiera que sea la gravedad del pronóstico, cualquiera que sea el daño, nuestro deber es luchar siempre lo mismo sin desesperar absolutamente de la curacion.

(Se continuará.) p. 376

SOCIEDADES CIENTÍFICAS

LA GÉNESIS DE LOS ELEMENTOS

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA ASOCIACION BRITÁNICA

POR WILLAM CROOKES F. R. S. V. P. C.

presidente de la seccion química de la misma

Examinando los discursos pronunciados en ocasiones análogas por la Presidencia, encontraremos que los que me han precedido en este puesto se han ocupado de asuntos del más variado aspecto. Unos han tratado de los adelantos obtenidos por la ciencia química durante el año; otros, de su punto de vista técnico, han discutido los problemas de la química relacionados con nuestra industria nacional; han estudiado algunas las varias instituciones consagradas en nuestro país á la enseñanza de la Química, y no pocos han aprovechado la oportunidad para exponer por vez primera, ante el mundo científico, los resultados de investigaciones importantes y originales.

Hoy os ruego prestéis atencion á las consideraciones que he de exponer acerca de los verdaderos fenómenos de la Química como ciencia, ó sea sobre la naturaleza probable ó al menos posible del origen de los llamados elementos químicos. Acaso los resultados de mis investigaciones os parezcan un tanto heterodoxos; pero debo hacer constar que una conducta análoga se ha observado por no pocas de las autoridades en particular y muy singularmente por uno

de mis más ilustres predecesores en esta tribuna, Dr. I. H. Gladstone, I. R. S., cuya brillante palabra pudisteis escuchar en 1883.

¿No os sorprende á vosotros, químicos de la actualidad, que en resumidas cuentas nos encontremos en situacion parecida á la de los alquimistas de la Edad Media? Ciertó que estos nigrománticos nunca llegaron á distinguir, tal cual lo hacemos hoy, la diferencia entre cuerpos simples y compuestos; pero todo su afán tuvo por objetivo el obtener combinaciones nuevas, alimentándoles la esperanza de transformacion de los cuerpos que nosotros comunmente hoy tenemos como simples entre los últimos, esto es, los metales. Si en el órden sintético obtuvieron notables resultados, el problema de la transmutacion, por ellos perseguido, es materia que pertenece á la historia.

Los químicos de la actualidad.—Mas ¿cuál es la idea que domina en el siglo XIX, ya en el laboratorio, ya en nuestras obras? Algunos nos limitamos á aprender lo que otros han obtenido y descubierto, fijo el pensamiento en los premios, certificaciones, diplomas y demás honores otorgados á los que ostentan un título académico; otros dedicanse á estudiar señalados fenómenos químicos en consecucion de propósitos útiles; empero una tercera clase, difícil de distinguir de la segunda, se dedica á buscar nuevos compuestos orgánicos ó á preparar artificialmente algunos productos elaborados por la Naturaleza con los útiles del inmenso laboratorio del reino animal y vegetal. Los últimos cincuenta años nos muestran la importancia práctica de estas investigaciones, tanto en el terreno de las artes industriales como en las aspiraciones y necesidades de nuestra vida ordinaria. Todavía existe una cuarta clase de investigadores, que, operando en los verdaderos límites de nuestros conocimientos, tropiezan en determinadas ocasiones con una barrera, que si hasta el presente háse tenido como infranqueable, debemos hoy destruir ó á lo menos modificar los cimientos en que descansa, si es que la química se ha de desarrollar en definida y organizada unidad. Este obstáculo con que nos encontramos, no es otro que los elementos químicos, así llamados porque aún no hemos encontrado los medios de reducirlos á mayor simplicidad. Estos elementos aparecen ante nosotros desafiando nuestra inteligencia, á la manera que el inmenso Océano las miradas de Colon, burlándose de nuestra imaginacion y murmurando extraños enigmas que hasta el presente nadie ha logrado interpretar.

Los elementos.—Un enigma.—Uno de los primeros fantasmas que se aparece á la ciencia química es el siguiente: ¿Qué entendemos por cuerpo simple? Todas las tentativas dirigidas á definir ó explicar lo que es un elemento, han sido insuficientes á satisfacer el espíritu humano. Los libros de texto dicen que un elemento es toda sustancia que ninguna accion conocida puede descomponer, ó lo que es lo mismo, alguna cosa á la que podamos añadir, pero de la que no nos es posible sustraer sustancia alguna distinta de ella misma. Tales definiciones no son satisfactorias: son provisionales y en cualquiera ocasion pueden dejar de ser ciertas. No se fundan en atributo alguno de las cosas que definen, sino que su única razon es

la limitacion del poder humano; y definir de esta manera los elementos es una declaracion palmaria de nuestra impotencia intelectual. A la manera que las prolongadas meditaciones de Colon grabaron en su mente la idea de la existencia de un mundo desconocido al otro lado del Atlántico, así en nuestros más eminentes químicos, físicos y filósofos, ciertos fenómenos les inducen á suponer con completa conviccion que los llamados elementos no son el último límite á que el hombre puede llegar en este orden de conocimientos. Poco tiempo despues que descubrí la distinta naturaleza del Thallium, recuerdo que me decia Faraday: «Muy meritorio es descubrir un elemento nuevo, pero si pudiéseis descomponer algun otro y mostrarnos sus partes constituyentes, ese sería un descubrimiento de mayor importancia.» Y no era este aserto una nueva especulacion de Faraday, sino que antes, en una de sus primeras lecturas, decia: «Comienza hoy á inquietarnos el deseo de encontrar nuevas propiedades en los elementos químicos, así como tambien hubo una época en que nuestro afan consistía en sumar metales; pero en la presente veríamos con satisfaccion disminuir su número...»

Descomponer elementos, modificarlos, transformar los unos en los otros, realizar el otra vez absurdo concepto de la transmutacion: tales son los problemas que el químico de la actualidad se apresta á resolver.

Más opiniones de filósofos: Mr. Herbert Spencer dice, al desarrollar su hipótesis sobre la constitucion de la materia:

«Toda sustancia material es divisible en lo que llamamos elementos químicos, los cuales están constituidos por partículas moleculares de idéntica naturaleza, pero éstas son á su vez complicadas estructuras, cuyas agrupaciones encierran los verdaderos elementos atómicos idénticos en naturaleza y difiriendo sólo en posicion, coordinacion, movimientos, etc.; y las moléculas ó átomos químicos provienen á su vez de los verdaderos átomos físicos por un proceso de evolucion bajo condiciones que la química es incapaz de producir actualmente.»

Mr. Norman Lockur ha demostrado, con bastante certidumbre, que en los cuerpos celestes, donde dominan temperaturas elevadísimas, se disocian muchos de nuestros llamados elementos, ó lo que quizá fuera mejor decir: en esos cuerpos no se han formado todavía. Y sostiene que «la temperatura solar y la del arco voltáico es suficientemente alta para disociar algunos de los considerados como elementos químicos, y darnos algún indicio del espectro de sus componentes.» Más adelante añade: «Un elemento terrestre, al modo que un cuerpo excesivamente complicado, puede, por la temperatura del sol, resolverse en otras cosas más simples, manifestándose las diversas partes constituyentes en las diferentes manchas que el sol presenta.»

Una autoridad competente en la teoría de la disociacion.—El ya difunto Benjamin Brodie leyó en 1867 ante la Sociedad química un trabajo sobre química ideal, cuyas afirmaciones sobrepujan á las que acabo de exponer. «Podemos concebir, decía, que en tiempos remotos ó en lejanos espacios existieran, y posiblemente existan hoy, for-

mas de materias más simples que las existentes en nuestro planeta en la actualidad: sean a, x, v, §, etc..... Podemos ahora suponer que en remotas edades la temperatura de la materia fuera inmensamente más alta que al presente, y que dichas formas se encontraran en perfecto estado de gas, esto es, existieran separadas sin combinación alguna..... Admitido esto, no es violento concebir, del mismo modo, que la temperatura comenzase á bajar y estas existencias á combinarse unas con otras para originar nuevas formas en relación á las circunstancias en que el descenso de temperatura colocó á las primeras..... Podemos ahora deducir que, siendo la temperatura más baja, determinadas formas de materia llegarían á ser cada vez más permanentes y estables con exclusión de otras formas..... Nos es fácil concebir, además, que continuando el enfriamiento relativo inicial, estas sustancias, una vez producidas, no han podido ya descomponerse en sus elementos generadores..... Ya nos encontramos, pues, con un estado de cosas parecido al de nuestro sistema actual.»

Ahora bien; esto no es puramente imaginario: si observamos la superficie de nuestro planeta encontraremos pruebas actuales de cambios semejantes verificados en la naturaleza. Cuando vemos los fenómenos revelados por los extraordinarios análisis espectrocópicos de lejanos mundos y nebulosas, debemos deducir lógicamente que algún día obtendremos una prueba de la existencia libre de tales sustancias como las indicadas x, v.

Unidad de la materia.—Disertando el profesor Stokes en sus lecciones de Burnett «sobre la luz como medio de investigación,» acerca de una raya observada en el espectro de una nebulosa, dice: «Esto parece indicar la existencia en alguna forma de materia más simple que la que conocemos en los elementos de la tierra; por lo menos, *á priori*, existe la probabilidad de tal suposición, porque ya los químicos han especulado sobre la naturaleza de muchos de los llamados elementos, considerándolos sencillamente como compuestos estables de un orden más elevado ó de una materia de más simple naturaleza.

En 1868, Graham habló de la teoría de los torbellinos anulares de Sir W. Thomson, considerándolos como «materia en un estado individual y constituyendo una existencia distinta ó elemento.»

De todas estas citas y muchas otras que pudieran aducirse resulta que la noción, no precisamente de la naturaleza descomponible de nuestros supuestos elementos, sino de su complejidad, reina, por decirlo así, en el campo de la ciencia y se halla en condiciones de tomar un desarrollo más amplio y definido. Importa mucho tener fija en el pensamiento la idea de la génesis de los cuerpos simples, porque dando forma á nuestras concepciones nos acostumbramos á investigar la producción física de los átomos. Y aun más importante es alimentar el concepto de que hay grandes probabilidades para creer que existan en la Naturaleza laboratorios donde los átomos se forman y laboratorios donde se destruyen.

Ya estamos en rumbo de penetrar resueltamente en la misteriosa región donde la ignorancia ha colocado la inscripción «desconoci-

do.» Forzoso nos es descorrer el velo que cubre la constitucion de los llamados elementos y dirigir nuestras miradas más adelante.

¿Accidentales ó determinadas?—Si adoptamos la cómoda creencia que los elementos, ya de suyo existentes ó ya creados, son absoluta y primordialmente distintos; si creemos que existieron antes del origen de los soles y los mundos, tales como hoy los encontramos, constituyendo, en efecto, la *materia caos*, en este caso nos colocamos en una situacion asaz difícil. Consideramos el número de elementos, sus propiedades características y nos preguntamos: ¿son estas circunstancias accidentales ó determinadas? O en otros términos: ¿pudieron haber existido solo siete, ó setenta ó setecientos elementos absolutamente diferentes como los setenta (en números redondos) que conocemos comunmente? Reflexionando bien, el número de elementos no se recomienda á nuestras facultades intelectuales, cual si procediera de ajenas consideraciones concebidas *á priori*. ¿Sería posible pensar que sus propiedades pudieran haber diferido de las que apreciamos actualmente? ¿Están formados los elementos en virtud de una «fortuita sucesion», ó constituyen un todo definido en el que cada uno ocupa un lugar necesario y de cuyo conjunto no pueden separarse sin provocar una imperfeccion en el sistema? Si sus propiedades fueran accidentales, apenas sería posible á los elementos mostrar esas relaciones mútuas que tan ordenadamente hallamos en las clasificaciones periódicas de Newlands, Mendeleff y Meyer. ¿No vemos la estrecha relacion que guardan los pesos atómicos de los halógenos cloro, bromo y iodo con sus propiedades físicas y químicas, variando seriamente de la misma manera que los grupos del calcio y azufre? En verdad que la presencia de tales relaciones entre unos setenta cuerpos que de un modo necesario hubieran venido á la existencia, serían harto exiguas.

Evolucion de los elementos.—Un contraste.—Vamos á investigar ahora si los elementos no han podido ser el resultado de la evolucion de unas cuantas formas de materia (ó posiblemente de una sola), á la manera que hoy se admite que las infinitas variaciones del reino animal y vegetal proceden de un escaso número de organismos sencillos. El Dr. Gladstone dice con gran oportunidad: «Estas formas han sido construidas unas después de otras con arreglo á algún plan general. Esta derivación ó evolucion no presupone la idea de ser ocasional: la variedad y desenvolvimiento que reconocemos en el Universo, siguiendo ciertas direcciones fijas, muestran la prueba de haber sido preconcebidas y determinadas. A un razonamiento ligero, los conceptos predestinacion y evolucion aparecen antagónicos; pero si nos fijamos detenidamente, observaremos que la evolucion, recorriendo de un modo invariable una escala ascendente y progresiva en todos los órdenes, es la más poderosa razón en pro de la idea de que hay un plan preconcebido, para que la coordinacion de los elementos se nos presente siempre de un modo análogo en el aspecto general del mundo orgánico. En ambos casos se observa que determinados grupos conservan estrechas relaciones, presentando formas que tienen entre sí pocas diferencias específicas, asi como también hallamos otras formas en las que no se manifiesta esta coordinacion. Tan-

to en el mundo mineral como en el orgánico, existen especies que son abundantes, y especies que son raras; grupos cuya área de ocupación encontramos extensamente distribuida, y que pudiéramos llamar cosmopolitas; y otras, cuya presencia hallamos en estrechos límites geográficos.

V. p. 379.

REVISTA CIENTÍFICA NACIONAL

La corteza de nogal como vexicante.---

En nuestro apreciable colega de Pamplona *Clínica Navarra*, leemos una comunicación acerca de las propiedades vexicantes de la corteza interior del nogal. Indica el autor que puso á macerar en vinagre, durante un cuarto de hora, dos pulgadas cuadradas de dicha corteza, y habiéndosela colocado en el brazo antes de acostarse, experimentó al cabo de una hora tal dolor, que se vió precisado á quitársela. Durante el día desapareció el dolor, pero quedaron tres anchos vejigatorios cubiertos de una película negruzca. En vista de este resultado aplicó en seguida la corteza sobre el labio de un niño que padecía un lupus y curó el vejigatorio formado con calomelanos. Al cabo de quince días estaba curado el niño. El autor admite la posibilidad de encontrar en la corteza de nogal y los calomelanos un específico contra el lupus.

Fistula uretro-perineal.---Nuestro amigo y colaborador D. Joaquin Cortiguera, ha publicado en la *Revista especial de Oftalmología, Dermatología, Sifiliografía y Afecciones urinarias*, dos importantes casos de fistula uretro-perineal.

El primero recaía en un hombre de treinta años de edad, constitución robusta y buena salud habitual; es atacado de una uretritis blenorragica aguda; la copaiba al interior y las inyecciones de bismuto hacen que á los ocho días apenas queden vestigios de la afección; en este estado, un nuevo contacto sexual dá motivo á fuertes dolores de la raiz del pene, acompañados de sensación de

peso y de calor; la region profunda de la uretra y hasta la prostática estaban tumefactas; el hielo y la quietud no detuvieron en nada la marcha del proceso inflamatorio, y á los pocos días la fluctuación profunda aconsejó practicar una incisión que dió salida á una pequeña cantidad de pus claro y sanguinolento, de olor ligeramente urinoso; la abertura de la punción comunicaba con la uretra, pues que en la micción salía por ella la orina, y el trayecto fistuloso se dirigía desde la márgen del ano hácia arriba y atrás, para desviarse en la mitad próximamente de su extensión hácia adelante terminando en la uretra á seis centímetros del glande.

Las inyecciones antisépticas por la herida y el uso de la sonda siempre que se presentaban deseos de orinar, curaron al enfermo en veinte días, habiendo pasado tres años sin que la afección se haya reproducido.

El segundo caso se refiere á un joven de diez y seis años de edad, constitución débil, y que adquiere una blenorragia, que no trata debidamente por circunstancias especiales. Al cabo de algun tiempo comienza á sentir la sensación de peso, que se convierte en dolor vivo al orinar y al defecar, dolor que despues se hace continuo y que le impide descansar á todas horas.

En este estado ve al enfermo el doctor Cortiguera, encontrando una tumefacción del tamaño de un puño de adulto, que ocupaba toda la region escroto-perineo-anal y hacía eminencia en el recto, por el que se apreciaba muy claramente la fluctuación del tumor: desbri-

dado este absceso, quedó una amplia cavidad, que se curó convenientemente y por la que á los dos dias se observó que salían algunas gotas de orina á la miccion. El enfermo, que había tratado mal su blenorragia, tampoco permitió sondarse para orinar, quedándole una fístula de profundo trayecto, que no cedió á dejarse curar sériamente.

La prontitud con que el primero de estos enfermos fué curado, demuestra la importancia que en el tratamiento de estos absesos tiene el uso de la sonda permanente, ó cuando menos el que el enfermo se sonde á cada miccion, para evitar el contacto de la orina, que no solamente impide la cicatrizacion del absceso, sino que da lugar á la formacion de una fístula, cuya curacion, una vez establecida, ofrece dificultades muchas veces insuperables.

Un caso de diátesis linfógena. — En *La Union de las Ciencias Médicas*, ilustrado colega que se publica en Cartagena, leemos una notable historia clínica referente á un hombre de cincuenta años, que siempre había gozado de salud excelente, bien constituido, de temperamento nervioso y de carácter violento é impresionable; sus padecimientos databan de año y medio, en que empezó á notar decadencia de fuerzas, sin que pudiera explicar tal fenómeno, pues que comía bien y no tenía pérdidas orgánicas de ninguna clase á que atribuirlo; poco tiempo despues le apareció un bulto, segun su expresion, en el lado derecho del cuello, y despues otros en distintas regiones: en esta época, consultó con el médico que refiere la historia.

El enfermo se encontraba pálido y algun tanto demacrado; pero lo que llamaba la atencion era el aspecto de su cuello rodeado de un collar de tumores

formados por los gannglios linfáticos submaxilares, cervico-occipitales y mentonianos, voluminosos unos más que otros, rodadizos bajo la piel y no dolorosos; pero no era solo el cuello el punto de asiento de estos linfomas benignos, sino que se encontraban igualmente en las axilas, ingles y flexura del brazo.

Lo más notable, ciertamente, es el que estos tumores adquirían el que más las dimensiones de una manzana; al alcanzar este tamaño, se paralizaba su crecimiento, reduciéndose gradualmente hasta las dimensiones de una almendra para volver luego á tomar incremento; y mientras tanto, el enfermo perdía fuerzas y sus mucosas se decoloraban. Ningun síntoma hacía sospechar que los ganglios profundos fuesen asiento de igual alteracion, así como tampoco pudo encontrarse en el reconocimiento cambios de volúmen en las amígdalas, hígado, glándula tiroides, siendo sólo el bazo el que se encontraba ligeramente aumentado de volumen.

Tambien la piel era asiento de alteraciones, pues que apareció en ella una erupcion papulosa que desapareció para dejar lugar á nuevos brotes de la misma forma, y que fueron luego sustituidos por ampollas de pénfigo que despues de abiertas se secaban y se descamaban posteriormente; una pequeña herida de la cara, hecha al rascarse, dió lugar á una erisipela que, empezando por el pabellon de la oreja derecha, dió una vuelta completa á toda la cabeza y á la cara, reproduciéndose tantas veces, que el profesor que refiere la historia se quedó admirado de su tenacidad. Indudablemente, como piensa muy bien dicho profesor, los síntomas de este enfermo, unidos al examen de la sangre, hecho por el Dr. D. Cárlos Vicente, hacen pensar que se trataba de una linfo-adenia.

REVISTA CIENTÍFICA EXTRANJERA

PERIÓDICOS

Medio para hacer desaparecer el dolor en los casos de quemadura.—El señor Dubois, de Villers-Bretonneus, ha experimentado en muchos casos un medio para hacer desaparecer el dolor casi instantáneamente, en los casos de quemadura extensa y superficial; basta para ello el hacer correr sobre la parte enferma, lentamente y sin interrupción, el contenido de un sifon de agua de Seltz. En uno de los casos en que empleó este agente terapéutico, el Sr. Dubois ensayó el sustituirle por un chorrito de agua fría simple: el dolor calmado con el agua de Seltz, apareció con el agua fría, no sintiendo alivio sino cuando se empleó de nuevo el agua de Seltz.

Segun el Sr. Dubois existen dos efectos: el primero debido al frío y el segundo al gas ácido carbónico. Nuestro colega, sin afirmar su acción curativa manifiesta, cree sin embargo que puede acelerarla.

En todo caso, es un medio que puede emplearse con facilidad, aun en el campo, y que presenta la gran ventaja de suprimir el dolor.

(*Journ. de Méd. de Nantes.*)

Tratamiento de las afecciones palúdicas por el picrato amónico.—Este medicamento ha sido empleado por el Dr. Clark en más de diez mil casos en la India británica. Ha formado una estadística con cinco mil de ellos, en los que observó tan solo nueve fracasos. La dosis, por término medio, fué de medio grano (3 centigramos), cuatro ó cinco veces al día, en forma pilular; pero puede variar de $\frac{1}{8}$ á $\frac{1}{2}$ grano. En los más de los casos, deja de presentarse el acceso inmediato; en un quinto de ellos se observan todavía dos ó tres accesos, antes de la curación. La eficacia del medicamento se extiende á las formas larvadas, mas no á las remitentes ni al infarto esplénico. Su coste es menor que el de la quinina, y no produce los trastornos digestivos que se presentan durante el uso de esta.

(*The Lancet.*)

ACADEMIAS Y SOCIEDADES

Extirpacion del útero por ligadura.—En la sesión celebrada el 23 de Marzo último por la Sociedad de Cirugía de París, leyó M. Lefort la observación de una enferma á la cual había extirpado el útero por ligadura, é insistió sobre la benignidad de la operación. Trátase de una mujer de treinta y cinco años, que parió en Febrero de 1886, después de un trabajo poco regular y que hizo preciso el empleo del forceps. El alumbramiento se hizo esperar un poco, y después de extraída la placenta, se pudo notar una inversión uterina. Acto seguido se hizo la reducción; mas la inversión se reprodujo. Nueva reducción y aparición de síntomas de peritonitis. El útero, al cabo de algunos días, concluyó por quedar clavado en la vagina: metrorragias. El 10 de Junio, por reconocimiento de M. Lefort, se pudo hacer constar la existencia en la vagina de un tumor mamelonado y rodeado en lo alto por un anillo blando; por la palpación hipogástrica no se encontraba el útero. El 18 de Junio se hicieron tentativas metódicas de reducción, bajo la acción del cloroformo, pero sin resultado. Se ensayaron otras muchas veces con el mismo resultado, lo que también ocurrió después de usado el pesario de aire de Gariel. Las metrorragias continuaron siendo abundantes. El 18 de Julio se hizo la ablación del útero vuelto, por medio de un hilo elástico que se colocó alrededor del pedículo con facilidad, por consecuencia de la salida al exterior del útero. La ligadura se hizo muy apretada: hubo dolores durante dos horas solamente. El útero se desprendió en diez días sin accidentes. Los dolores, lo mismo que las metrorragias, cesaron después de la operación. La enferma no ha vuelto á tener sus reglas. M. Lefort quedó maravillado por la rápida disminución de volumen del tumor, después de la aplicación del hilo elástico, que impedía la llegada de sangre al tejido uterino.

DR. LOPEZ ALONSO.

MISCELANEAS

Con el presente número recibirán nuestros suscritores el prospecto de la obra *El Hipnotismo y la Suggestion* escrita por nuestro queridísimo amigo é ilustrado colaborador Dr. Sanchez Herrero.

Como este libro es el fruto de los profundos estudios y brillantes experimentos fisio-psicológicos y psico-terápicos hechos por el jóven catedrático de Valladolid, y en él se analizan y resuelven nuevas cuestiones fisiológicas, patológicas, terapéuticas y médico-legales de altísima importancia relativas á la hipnosis, es ya grande el número de médicos y abogados que se apresura á adquirir la obra de nuestro sábio amigo.

Los suscritores del CORREO MÉDICO CASTELLANO, podrán obtenerla con una rebaja de 10 por 100. (Véase el anuncio que publicamos en la seccion correspondiente.)

*
* *

La enfermedad que padece nuestro querido colaborador don Leopoldo Ferrer, le obliga á variar de clima y abandonar, por tanto, el partido médico de Fuente-Guinaldo, en esta provincia; y como el contrato de dicho señor no termina hasta el 31 de Diciembre próximo, se desca encontrar un médico que le sustituya hasta la mencionada fecha.

Para enterarse de las condiciones y demás detalles deben dirigirse los que lo deseen á *D. Francisco Herrero*, médico en dicho pueblo.

*
* *

En la sesion que celebró el Ayuntamiento el dia 17 del corriente, presentó nuestro Director, cumpliendo sus deberes de concejal, una proposicion para que se inspeccionen y analicen frecuentemente los vinos y licores puestos á la venta, castigando con rigor á los dueños de los establecimientos en que aquellos se expendan adulterados.

Tomada en consideracion la proposicion de nuestro Director, este hizo hincapié en la necesidad de establecer un laboratorio quimico municipal; pero como el Erario municipal parece que está exhausto siempre que se trata de beneficiar la salud pública, es casi seguro que la instalacion de dicho laboratorio se realizará *ad kalendas græecas*.

*
* *

Al entrar en prensa este número se nos dice que ha fallecido en Peñaranda de Bracamonte el respetable subdelegado de Medicina de aquel partido, nuestro buen amigo y suscriptor D. José Otero.

Dios haya acojido en su seno el alma del anciano comprofesor que tantas simpatías supo granjearse por su vasta ilustracion en la comarca donde ejercía.